



Mi conocimiento personal de Luis Barragán viene de la mano de mis amigos mexicanos Antonio Toca y Manuel Sánchez de Carmona, en la ciudad de México donde vivió. Esto ocurría por el verano de 1974. Se inauguraban las nuevas Universidades Autónomas Metropolitanas en el Distrito Federal; estas instituciones trataban de incorporar, por caminos distintos, determinados modelos pedagógicos para encajar la demanda creciente de estudiantes y nuevas especialidades que sobre este vertiginoso país afloraban en la década de los setenta.

## *Post Scriptum: arboleda y muro*

Fui invitado para colaborar en los primeros trabajos de la Unidad de Azcapotzalco en las secciones de arquitectura y diseño, y en el transcurso de esta estancia universitaria tan estimulante como esperanzadora por aquellos años, tuve la oportunidad de conocer al arquitecto Luis Barragán, entonces desconocido de la prensa de imagen internacional, y no creo que fueran muchos los que, dentro de México, salvo las minorías de unos jóvenes profesores y estudiantes, les interesaran los trabajos modestos y reducidos que Barragán realizaba en este país.

Tenía unas vagas noticias desde Madrid de su persona y de la calidad de sus obras, que conocía por fotografías de alguna publicación colateral a los canales de información de las modas arquitectónicas. En aquel deslavazado reportaje aparecía la referencia a un convento construido por Barragán en México. Yo había edificado en Salamanca (1960-1969) dos conventos de clausura y le manifesté a mis amigos mexicanos los deseos de conocer a Luis Barragán, del que con tanto entusiasmo me hablaban aquellos jóvenes profesores de Azcapotzalco.

La casa donde vivía Luis Barragán era de traza modesta, encajada en el conjunto de la calle sin estridencia alguna. Se destacaba una celosía de fábrica como único punto de referencia formal, apunte visual que la diferenciaba del resto de los edificios próximos. Traspasado el vestíbulo de acceso la escalera de madera anunciaba unos espacios de paredes blancas y suelo de baldosa de barro encerada y las carpinterías de gruesas escuadrías ensambladas por expertos artesanos, que manifestaban su buen oficio en unas bellas contraventanas de cuarterones de madera también encerada.

La estancia donde nos encontrábamos era amplia, dispuesta para una polivalencia de funciones domésticas y profesionales, cerrada a la calle y abierta a un patio interior en el que se podía contemplar la pequeña arboleda

Fuente del Bebedero, urbanización

Las Arboledas.

Aparece entre la fronda de los eucaliptos, un muro blanco cuya razón de ser quizá sea solo la de recibir la sombra de las ramas de los mismos.

que matizaba la luz en un claroscuro casi conventual. Había una fuente de pequeñas dimensiones, por la que discurría la suave secuencia del agua, y unos muros polícromos que encerraban aquel recinto en un espacio de sensaciones apacibles, madera, arcilla y cal. Un lugar, en fin, desde el que mirar al interior de las cosas.

Luis Barragán aparecía en aquel entorno perfectamente encajado en un perfil humano sin la menor afectación, asequible al diálogo, cordial e inteligente sin la menor altivez retórica a la que nos tienen acostumbrados los encuentros con los “arquitectos de moda”. Nuestra conversación improvisada la recuerdo sugerente, su voz y ademán pausado ponían un cierto orden a tantos interrogantes, más o menos críticos, con los que tratábamos de obtener algunas respuestas de aquella medida y oficio del saber arquitectónico y que Barragán acogía en un diálogo de educada atención y oportunas respuestas.

Arquitecto de obra relativamente reducida, optaba más por el silencio que por una acción crítica determinada. El silencio de unos reductos de arquitectura frente a la locura y el exterminio de la espacialidad moderna en la ciudad, y México era, y es, un laboratorio de desolación urbana. Barragán no ocultaba su posición contra la miseria moral que encierra la mayor parte de lo que se sigue denominando “arquitectura moderna”, de las falsas “obras maestras” y de sus falsarios diseñadores; pero todo esto lo manifestaba sin desmesurado apasionamiento.

Mostró una gran admiración por L. Khan, con quien iniciaba una colaboración en los espacios del proyecto de los laboratorios Salk, si mal no recuerdo. Con la figura de Khan se suscitaron cuestiones recurrentes como los silencios del espacio, la metáfora poética que encierra toda buena arquitectura, la naturaleza acogida en los territorios de la forma arquitectónica y algunas otras consideraciones sepultadas hoy en la memoria del olvido. Luis Barragán entendía estas cuestiones del construir como verdades desnudas, de manera que la arquitectura no debería añadir excesos innecesarios para su manifestación arquitectónica. La verdad de la forma arquitectónica debería ser como un resultado totalmente material en la configuración del espacio edificado.

Nada afectado en sus principios formales, me pareció entender que proyectaba sus trabajos de arquitecto desde el convenio con el conocimiento, postura bastante alejada de lo que por aquellos años ya se hacía elocuente en el proyecto de muchos arquitectos que pretendían hacer de sus propuestas espaciales un producto cargado de empirismo y escaso de razón, predispuestos a mitificar y enaltecer la acción de lo superfluo que consagra la “forma-espectáculo”.

Me llamó singularmente la atención, ya en los finales de la despedida, una observación aguda, ante la insistencia por parte de aquel grupo de jóvenes profesores, sobre el poder transformador de la arquitectura, del papel que pueden ejercer las denominadas “arquitecturas de autor”, del uso del arte o la arquitec-

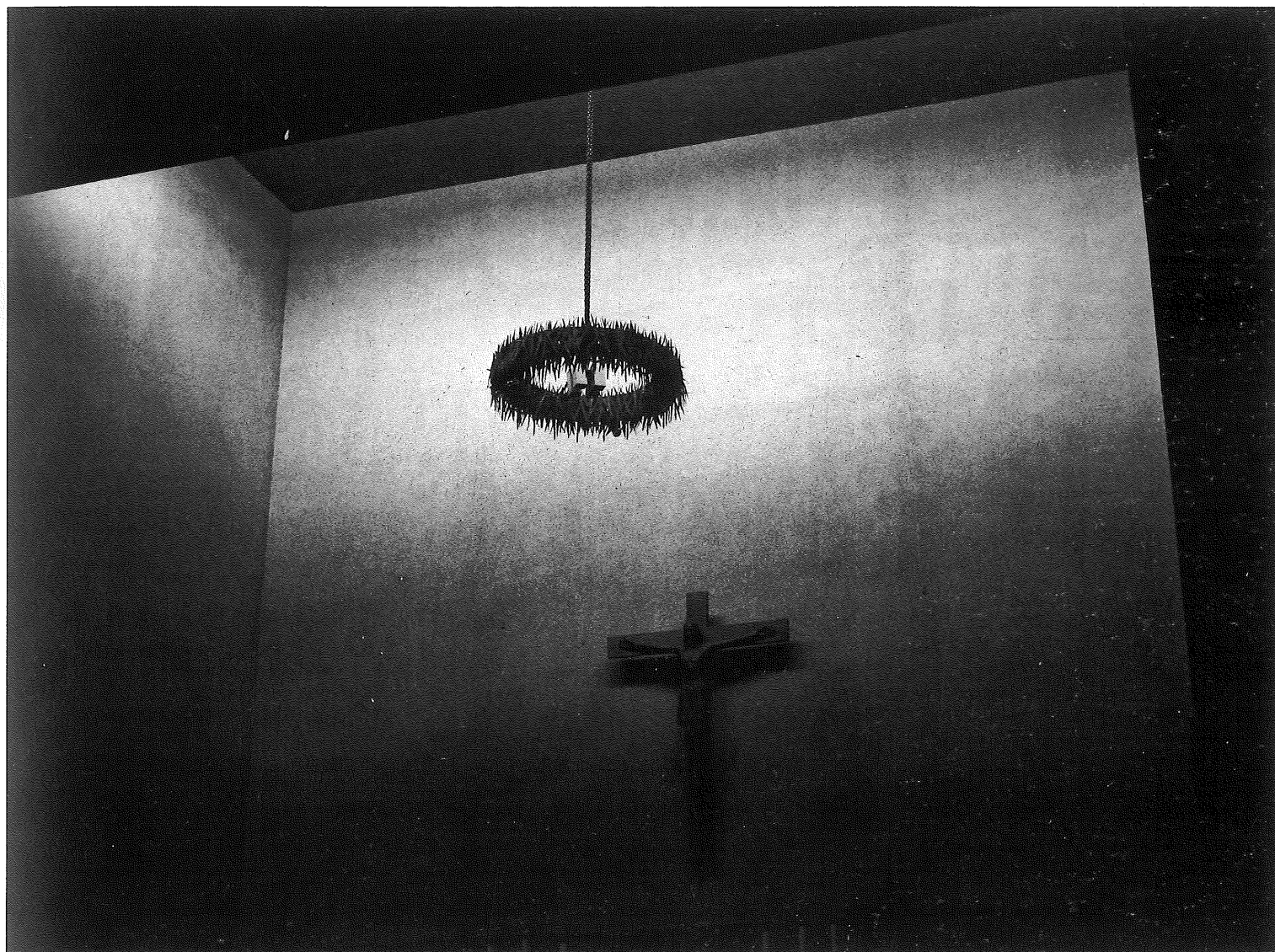


tura como ideología para una transformación espiritual dentro de una determinada sociedad. Cuando eso acontece, comentó Barragán, y el proyecto o la obra se transforma en un hecho público, pierde su poder transformador. Con el transcurso de los años he podido comprobar que esos proyectos de rango espectacular o finalidad pragmática, de autor ensimismado o post-moderno, son todos igualmente asimilables por la impenitente noria del consumo.

La casa proyectada por Barragán, donde vivía, refleja en síntesis las preocupaciones de su modo de construir la arquitectura. El *muro* como frontera que delimita el espacio en el que se habita. Una arquitectura como la suya tiende a ser edificada en la unidad de un material, unitaria en la materia, de fácil ejecución y en equilibrio con la naturaleza que la rodea, limitada en su escala, crece entre las siluetas de los muros. Muros de evocaciones y memorias, laberintos enfoscados que nos gratifican con sus texturas y la belleza de su orden, perspectivas que estimulan el hallazgo del espacio.

Capilla del Calvario.

"¿Cómo comprender el arte y la gloria de su historia sin la espiritualidad religiosa y sin el trasfondo mítico que nos lleva hasta las raíces mismas del fenómeno artístico?" L. Barragán



Una casa evocadora de la relación *arquitectura y paisaje*. Son pocos los arquitectos que tienen el don de manifestar a través de la forma construida el poder de emoción que encierra la materia. Ha sido siempre tarea del buen arquitecto purificar las formas con las que construye y recuperar la inocencia de la naturaleza primaria de los materiales. La obra de Luis Barragán, elemental y sencilla, así me parece entenderla.

Algo de aroma monástico se percibe en el ambiente donde vivía este arquitecto solitario. Espacios del silencio rayando casi con la “ebria sobriedad” de los monasterios españoles. La casa de Barragán, como el monasterio, son lugares donde habita la memoria de los seres y de las cosas, también la interrogación y el miedo.

El espacio donde reside la soledad requiere de una arquitectura de símbolos, formas y colores que permitan neutralizar los estados de conciencia (estado de ánimo). De ahí la reducida escala cromática en la que los espacios monásticos, y gran parte de la obra de Barragán se expresa. El *color* como la *forma* funcionan en el proyecto del arquitecto como acotaciones imprevisibles en la construcción del lugar, el verdadero paisaje de la arquitectura. Estos espacios no se abordan desde la forma espectacular, ni por invocaciones impresionistas para sublimar los ejercicios del arquitecto. En estos espacios como la casa de Luis Barragán suceden los episodios de dos mundos, el imaginario y el real, en el paisaje que crea la arquitectura. Espacio y persona estimulados por la evocación de las cosas contempladas.

De aquella visita a la casa de Luis Barragán en México realizada hacia la hora del *Angelus* –el tiempo en aquel lugar tenía un sabor transcendente– me queda el recuerdo de haber conocido a un arquitecto dotado de sensibilidad y talento puesto al servicio del “opus arquitectónico”, que le tocó vivir un período de decadencia de la arquitectura, una arquitectura tal vez suplantada por los ensueños de muchos arquitectos, empeñados en construir espacios y recintos para el culto a sí mismo.

Barragán presentaba una mirada digna que ocultaba una inteligencia digna, y como Nietzsche reclamaba, “toda inteligencia digna de ser así nombrada es una inteligencia clásica”. La obra de Barragán, como antes G. Asplund o S. Lewerentz o ahora Rogelio Salmona, está construida para no ser manchada con las tintas apócrifas de las revistas del consumo arquitectónico. Los trabajos del arquitecto Luis Barragán van más allá de esa instrumentalización de los relatos-mercancía en los que vienen siendo transformados por los avispados oportunistas de ese hipermercado de imágenes de lo superfluo y gratuito. Son modestos testimonios arquitectónicos que se inmolan en su propia construcción, abiertos solo a las miradas de inocencia como la intuitiva sensibilidad que los proyectó.

Madrid, noviembre de 1994